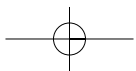
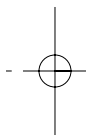
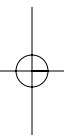


Guía literaria de Roma





Guía literaria de Roma

EDICIÓN Y PRÓLOGO A CARGO DE
Iria Rebolo



Primera edición, junio de 2010

© Futurbox Project, S.L. 2010.

© del prólogo y la selección, Iria Rebolo, 2010.

© de la traducción del francés, María Alberdi González, 2010.

© de la traducción del inglés, Jacinto García Marcial, 2010.

© de la traducción del alemán, Montserrat García Durán, 2010

La traducción del texto de François-René de Chateaubriand procede de la edición de Establecimiento Tipográfico de D. F. De P. Mellado, Madrid, 1847, corregida para adaptarla a las convenciones ortotipográficas actuales.

Diseño de colección y cubierta: Compañía

Publicado por Ático de los libros

C/ Galileu 333, 6º 2ª

08028 Barcelona

info@aticodeloslibros.com

www.aticodeloslibros.com

ISBN: 978-84-937809-3-7

Depósito Legal: B- 27.103-2010

Preimpresión: Anglofort, S.A.

Impresión y encuadernación: Romanyà – Valls

Impreso en España – *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Prólogo	7
Índice de ilustraciones	11
La grandeza de Roma, <i>Estrabón</i>	13
Roma y la Biblioteca Vaticana, <i>Michel de Montaigne</i>	17
El Coliseo, <i>Edward Gibbon</i>	29
Las termas de Caracalla y el Panteón, <i>Tobias Smollett</i>	37
Goethe en Roma, <i>Johann Wolfgang von Goethe</i>	47
Viaje a Italia, <i>François-René de Chateaubriand</i>	55
El síndrome de Roma, <i>Stendhal</i>	81
El Palazzo Cenci, <i>Percy Bysshe Shelley</i>	91
El Panteón y las mujeres de Roma, <i>James Fenimore Cooper</i>	95
Primera visión de Roma, <i>Charles Dickens</i> ..	99
Las estatuas de Roma, <i>Herman Melville</i> ...	107
El Corso, <i>Pedro Antonio de Alarcón</i>	131

San Pedro, el Coliseo y las Catacumbas, <i>Mark Twain</i>	135
Horas italianas, <i>Henry James</i>	155
Piazza di Spagna, <i>Hugh Macmillan</i>	175
La belleza de Roma, <i>Rainer Maria Rilke</i> . . .	189

Prólogo

Roma es la ciudad de los ecos, de las ilusiones, de los
anhelos.

GIOTTO DI BONDONE

Durante los últimos dos milenios Roma ha sido una de las ciudades más visitadas del mundo. Fue la capital de un Imperio que dominó el Mediterráneo, luego se convirtió en el centro de la fe cristiana y, por tanto, en lugar de peregrinación de multitud de fieles. Durante el Renacimiento fue un enclave imprescindible en cuanto a arte, educación, filosofía y comercio y a ella acudían por igual artistas y banqueros. En los siglos XVII, XVIII y XIX la ciudad se estableció como una de las principales paradas del *Grand Tour*, el viaje por Europa que todo joven aristócrata inglés debía hacer para completar su educación e imbuirse de la cultura, el arte, la filosofía y la arquitectura clásicas. Los viajeros del *Grand Tour* eran eruditos, apasionados, amaban el lujo y podían pagárselo. Sus percepciones son importantes por cuanto moldearían el imaginario de los posteriores

visitantes y crearían los caminos que luego ensancharía el turismo de masas. Este nuevo tipo de turismo se inició a mediados del siglo XIX y, con alguna breve interrupción debida a los conflictos bélicos, continúa hasta la actualidad.

Por eso resulta tan interesante saber qué pensó Montaigne, quizá el primero de todos esos viajeros modernos, sobre la ciudad que en su imaginación y en la de sus contemporáneos había adquirido una dimensión mítica. Por eso no podemos dejar de leer las andanzas Goethe confrontado con los múltiples pasados de la capital del Lacio. Igual que ellos, Chateaubriand, Shelley y los demás autores que aparecen en este volumen nos permiten disfrutar de Roma con una inocencia imposible hoy en día. Ellos, sin darse cuenta, estaban prefigurando el que luego sería el recorrido que harían los turistas modernos y también ellos fueron los primeros en dar forma a las reacciones que han sido características en el turista que viaja a Roma desde entonces.

El orden en el que aparecen los distintos autores es cronológico, según la fecha en la que visitaron Roma, con una apertura, a modo de introducción, a cargo de Estrabón, pues convenía al libro incluir la visión de un historiador que había visto la Roma antigua en su máximo esplendor.

En este recorrido a través del tiempo nos aguardan pequeñas celadas. Roma, después de todo, no es realmente eterna y el tiempo la cambia como a todo cuanto existe en la naturaleza. En ocasiones ese cambio es producto del desgaste, la ruina y la decadencia.

cia. No vemos el Coliseo sino sus escombros, así como en el Foro hoy apenas asoman los huesos dispersos por el suelo de lo que fueron sus edificios. Sin embargo, este tipo de cambio ya se había producido cuando visitaron la ciudad la mayoría de nuestros autores. Ellos ya vieron las ruinas de la Roma clásica y, desde entonces, el proceso de decadencia se ha detenido y, acaso, revertido en parte. Pero otras cosas sí han cambiado: las excavaciones han devuelto el suelo al nivel de la antigüedad, se han eliminado campanarios y cruces de lugares originalmente paganos y se han mejorado algunas zafias restauraciones barrocas y decimonónicas. En este sentido, quizá sorprenda al lector saber que en el Panteón había, hasta no hace mucho, dos campanarios que emergían del tejado del pórtico, o que el Laoconte se restauró diversas veces y cambió notablemente de aspecto y actitud en varias de ellas, o que el Foro en el XIX se había excavado mucho menos que ahora.

¿Cómo transmitir al lector las sensaciones que vivieron los escritores que hemos reunido en esta selección? Las fotografías parecían un medio tosco y ni siquiera las más antiguas lo eran lo bastante como para aproximarse a lo que vieron nuestros viajeros. La solución llegó felizmente de la mano de tres extraordinarios artistas: Giuseppe Vasi (1710-1782), Giovanni Battista Piranesi (1720-1778) y Luigi Rossini (1790-1857). Los tres realizaron sendas series de espectaculares grabados sobre la ciudad de Roma que capturan perfectamente el ambiente de su época y los detalles de los monumentos de la ciudad.

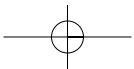
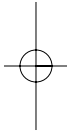
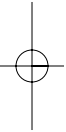
Vasi tiene un estilo melancólico, limpio y elegante, casi austero; Piranesi, que fue discípulo de Vasi, se nos revela como un auténtico genio, un creador de imágenes con fuertes claroscuros y perspectivas casi expresionistas que, personalmente, encuentro tremendamente evocadoras, y Rossini, por último, ofrece una sensibilidad más moderna y más próxima al sentimiento actual. Ellos —con la ayuda puntual de una lámina del inglés Simon Thomassin— se encargan de trasladarnos mediante imágenes allí donde los grandes escritores que participan en este volumen nos llevan con sus palabras.

Robert Browning dijo que, tarde o temprano, todo el mundo acaba pasando por Roma. Este libro que tiene en sus manos es una invitación a no emprender ese viaje en solitario sino en compañía de algunos de los espíritus más inteligentes, creativos y divertidos que han pisado la que hoy es capital de Italia.

IRIA REBOLO

Índice de ilustraciones

Foro romano por Piranesi	15
El Coliseo por Piranesi	31
El Panteón por Rossini	38
Piazza di San Pietro por Piranesi	49
Puente y castillo de Sant' Angelo por Piranesi	56
La Fontana di Trevi por Vasi	89
Palazzo Cenci por Vasi	92
El Ponte Milvio por Piranesi	103
El Laoconte por Simon Thomassin	108
Piazza Colonna por Vasi	134
El Coliseo por Piranesi	144
Basílica de San Juan de Letrán por Piranesi	160
Piazza di Spagna por Piranesi	177
El Acqua Claudia por Piranesi	190



El síndrome de Roma

Journal

Stendhal

«Lo primero que debe hacer el viajero es sumergirse en la lectura de los libros que traten del destino al cual se dirige», nos dice el propio Stendhal. Él viajó a Roma en varias ocasiones, la primera en 1815. Nada mejor que la lectura de estos fragmentos del Journal de un autor para el que Roma era la metáfora del amor perfecto.

Coliseo

Es una triste verdad para los que se ocupan del estudio de la Antigüedad que cada día trae consigo nuevos descubrimientos que contradicen la opinión establecida que atribuye tal o cual nombre a este o aquel monumento. Por ejemplo, hasta hoy todos coincidían en que la Via Sacra pasaba bajo el arco de Tito. Pues bien, los recientes trabajos arqueológicos han demostrado que dicha conjetura es falsa. He aquí que nos vemos forzados a reconocer que las interpretaciones de los versos de Marcial, de Ovidio y

de Horacio, que tan claras y decisivas parecían, eran en realidad completamente erróneas. Resulta que el monumento a Tito se encontraba en la Via Trionfale, entre la Via Sacra y el Coliseo.

Llego al arco de Constantino, el mejor conservado de los tres que he visitado. Tras la victoria de Constantino sobre Majencio, el 28 de octubre de 312, se empezó a erigir un monumento en honor del nuevo emperador. Pero como no quedaban artesanos a causa de la decadencia del Imperio, y no había forma de encontrar un artista digno del objeto del homenaje, se optó por lo que parecía más natural: despojar el arco de Trajano de sus ornamentos para construir el de Constantino. Así, a los pies de un monarca que jamás cruzó el Éufrates se prosternan partos cautivos, y por encima de los trofeos de Constantino aún se distingue la cabeza de Trajano.

Al lado se yergue el Coliseo, que se empezó a construir bajo Vespasiano y terminó su hijo Tito. Cien días duraron los juegos dedicados en su honor, y más de cinco mil bestias feroces y varios miles de gladiadores hallaron la muerte allí. Una cruz de madera se eleva en medio de la arena, y alrededor se erigen catorce oratorios, por orden de Benedicto XIV, en recuerdo de los cristianos que murieron, mártires, en este anfiteatro. Hay una capilla al lado de la escalera que permite el acceso a las plantas superiores. Los obreros se afanan trabajando en los yacimientos arqueológicos, y, más allá, otros limpian las restantes secciones del edificio, que el tiempo y la poderosa vegetación atacan y destruyen sordamente.

¡Qué decir del Coliseo! El espíritu se confunde ante su magnitud. Nada, excepto estas ruinas majestuosas, puede transmitir una idea más clara del poder romano. [...] Por los restos que han llegado hasta nosotros, se deduce que tres filas de pórticos rodeaban el exterior del edificio, una sobre la otra. Cada fila contaba con ochenta arcadas y otras tantas columnas. La forma interior y exterior del Coliseo es ovalada, y casi ochenta y siete mil espectadores se instalaban sobre las gradas mientras que otros veinte mil se colocaban en los pórticos inferiores.

Durante diez siglos, el Coliseo ha constituido la vasta cantera, para disfrute de los grandes de Roma, de dónde salían los materiales para construir las monumentales estancias de los poderosos. Los palacios Barberini, el de la Cancillería, el de Venecia, el de Farnese, el de la Farnesina, la calle de los Baullari, la iglesia de San Agustín... Todos han nacido de las piedras arrebatadas al Coliseo. Pablo II, Pablo III y el cardenal Rafael Riario son los bárbaros que han autorizado tamaña agresión al Coliseo, o bien se han aprovechado de eso. El recinto septentrional escapó milagrosamente del saqueo codicioso de los grandes señores, y Pío VII construyó un contrafuerte que asegura una larga existencia.

Para comprender la inmensidad de este monumento y apreciar sus detalles, decido subir a las plantas superiores. Hay que caminar con cuidado, y evitar pisar las partes del suelo que reposan sobre bóvedas debilitadas por el paso del tiempo. Estas ruinas, donde crecen lianas, zarzas y musgo y hasta peque-

ños jardines, producen un efecto de lo más pintoresco: ofrecen una posición única para los artistas y para todos aquellos que saben entender la naturaleza de las cosas verdaderamente grandes y hermosas.

Sant'Angelo

Me detengo frente al mausoleo de Adriano, convertido en fortaleza durante el ataque de los godos contra Roma. La tumba reposa sobre una base cuadrada, desde cuyo centro se eleva la gran masa redonda, forrada enteramente en mármol. De los tres niveles arquitectónicos que poseía, hoy sólo quedan rastros del primero, antaño envuelto en columnas de mármol de Paros que formaban un pórtico circular, decorado por estatuas. [...] El edificio estaba coronado por una cúpula; y en la cumbre, una piña, donde reposaban las cenizas de Adriano. De tan maravillosa construcción sólo se ha conservado la gruesa torre inferior, encima de la cual se eleva un ángel de bronce que empuña una espada. Belisario, obligado a retirarse hasta el corazón de Roma por el empuje de los bárbaros, se refugió en el mausoleo de Adriano. Sin posibilidad de defenderse, optó por echar abajo las estatuas y arrojar los pedazos contra el enemigo. Constantino arrancó las columnas para llevarlas a la iglesia de San Pedro, y desaparecieron después del incendio que asoló esa basílica. [...] Alejandro VI fue quién mandó construir el largo pasadizo que lo co-

munica con el palacio del Vaticano. Así, en caso de un ataque sorpresa, el papa siempre podrá huir y refugiarse en el castillo de Sant'Angelo.

San Pedro

Para apreciar, aunque sea imperfectamente, la proporción de las dos alas del pórtico que configuran la plaza, hay que recurrir a las áridas cifras. Esta gran creación de Bernini se compone de 284 columnas de mármol travertino, alternadas con 88 pilastras que componen tres galerías semicirculares; la del medio es demasiado estrecha como para que puedan cruzarla dos carrozas juntas. La columnata tiene 56 pies de ancho y 55 de alto; la balaustrada superior está decorada con otras 192 estatuas de mármol, de una altura de doce pies y medio. [...] Este monumento costó 250 millones de francos.

Al ascender por las escaleras, las columnas corintias de la fachada atraen nuestra atención; tienen 8 pies y 3 pulgadas de diámetro, y 88 pies de alto, contando base y capitel. Hay otras trece estatuas de 17 pies de altura que representan a Jesús y los apóstoles y ocupan la parte superior*. Cinco vestíbulos

* A pesar de todo, salta a la vista que el templo no tiene una fachada digna de él. Miguel Ángel quería dotarlo de un pórtico a imagen del Panteón; con una entrada como esa, la cúpula hubiera surgido con todo su valor y magnificencia. La fachada actual aplasta el conjunto del edificio, y oculta la espléndida cúpula.

dan entrada a la iglesia. A ambos lados de ese espacio se yerguen sendas estatuas ecuestres de Constantino y Carlomagno.

Empujo un pesado portón y me hallo en el interior del templo más bello del universo, labrado de oro y forrado de mármol, resplandeciente de luz. ¡Nada iguala el frescor, el orden y el brillo de esta iglesia incomparable!

Me dirijo a la Confesión de San Pedro, el altar mayor situado debajo del baldaquín, la mayor obra en bronce conocida. Las reliquias del apóstol que confesó su religión y dio su sangre por ella reposan en la capilla subterránea, a la que se accede por una escalera de dos rampas, cuya balaustrada está cubierta por 120 lámparas que permanecen encendidas a todas horas, excepto el Viernes Santo. En ese día de duelo, se apagan y se sustituyen por una inmensa cruz luminosa, suspendida frente al baldaquín. Diseñada por Miguel Ángel, dicen que esta iluminación produce un hermoso efecto.

La iglesia subterránea está en el espacio que se encuentra entre el pavimento de la antigua basílica erigida por Constantino, y el que está encima, que es el suelo construido para la nueva. Se compone de antiquísimas grutas, que fueron respetadas pues se creía que estaban consagradas por la sangre de los numerosos mártires que hubo antes de la era de Constantino, así como por la sepultura de santos y papas de siglos posteriores. Contiene una notable cantidad de estatuas y objetos artísticos de interés religioso e histórico.

El gran altar de San Pedro está reservado al papa. Al contrario de lo que es costumbre en nuestras iglesias, está dispuesto de forma que el oficiante da la espalda a la tribuna (al fondo de la iglesia). Levanto la cabeza y contemplo la cúpula más vasta que existe, y la parte más asombrosa del edificio. Su interior está revestido de mosaicos que representan al Salvador, los apóstoles, los santos, ángeles y querubines.

Al fondo de la tribuna se encuentra el trono en el cual San Pedro se sentaba. Está rodeado por otro, de bronce dorado, verdadero chasis de la reliquia. Cuatro figuras de diez pies sostienen el trono: casi 152000 libras de bronce se emplearon en su construcción. [...] Me refirieron un hecho curioso respecto a este trono, pero creo que no es muy verosímil. Ojalá que un día pueda desmentirlo o confirmarlo. «La curiosidad de los franceses fue tal que superaron todos los obstáculos con tal de ver el trono de cerca. Así que retiraron la soberbia protección y examinaron la reliquia minuciosamente. Quitaron las telas de arañas y el polvo que cubría la venerada silla y distinguieron unas figuras grabadas en la base de madera. Se trataba de una inscripción en caracteres árabes. Diligentemente, fue copiada y traducida. Era la conocida profesión de fe mahometana: “No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta”. Quizá proviniera del tiempo en que el trono formó parte de los despojos de una batalla, ofrecidos por los cruzados a la iglesia, cuando aún no había sabios ni anticuarios ni academias».

[...] En mi segunda visita a San Pedro, pienso que

esta obra maestra no sorprende por su grandeza. Todo está enlazado con tal acierto que nada parece destacar en exceso con respecto al conjunto. La iglesia no es demasiado alta ni demasiado ancha. Nada es más sorprendente que la falta de sorpresa ante la visión de lo más hermoso que hay en el universo; este error de los sentidos es el verdadero milagro de San Pedro.

Villa Borghese

Durante la primavera, todos (los que tienen carruaje, los que poseen un caballo y los que se desplazan andando) van por las tardes a la Villa Borghese.

Es un inmenso jardín a la inglesa que reúne todo cuanto puede convertir un parque en un lugar bello y grácil. Monumentos egipcios, griegos y romanos se derraman entre los parterres por doquier. Pabellones y pequeñas glorietas de variados estilos, cascadas de agua aquí y allá; bosques, céspedes, claros, grandes avenidas. Excepto la fiebre que uno corre el riesgo de contraer, a mi juicio el paseo combina lo más agradable y bello que se pueda imaginar. Solamente el núcleo de la Villa Borghese ocupa casi una legua, pero aún más si sumamos los terrenos adyacentes, que no son pocos. Los apartamentos del palacio constituyen un rico desfile de pinturas, estatuas, bustos, bajorrelieves, jarrones, copas y sarcófagos.

Las Termas de Caracalla

Las Termas Antoniane, o de Caracalla, están situadas al pie del Aventino. Fue uno de los monumentos más bellos y enormes de la Antigüedad. Más de tres mil personas podían bañarse al mismo tiempo. Había 1600 asientos de mármol [...] y hoy estas ruinas inmensas sólo son una carcasa de ladrillos. Ocupan aproximadamente la extensión de un cuadrado de todo el jardín de las Tullerías.

Fontana di Trevi

Desde Monte-Cavallo a la Fontana di Trevi hay unos cinco minutos de distancia. La masa de dicha edificación y la abundancia de agua le confieren un aire majestuoso; pero, desafortunadamente, descansa so-



La Fontana di Trevi, en un grabado de Vasi.

bre un terreno muy bajo y el espacio es muy estrecho. Una gran figura de Neptuno ocupa la arcada de en medio. En los dos nichos laterales se levantan las estatuas dedicadas a la Salud y a la Fecundidad. Cuando era edil, el yerno de Augusto, Agrippa, hizo construir un acueducto de 14 millas para alimentar a la fuente de agua, y así sigue desde hace mil ochocientos cuarenta y siete años. Es el mismo Agrippa que construyó en un solo año 105 fuentes, 700 depósitos, 130 castillos de agua y 300 estatuas de mármol o de bronce. Por su celo y su afán recibió el título de «curator perpetuus aquarum». Madame de Staël afirma, en mi opinión algo exageradamente, lo siguiente: «Cuando por causa de alguna reparación, el agua cesa de manar en la Fontana di Trevi, ¡Roma parece estupefacta!».